

La revolución del conocimiento: el eco-romanticismo (I)

Todos conocemos la potencial catástrofe ecológica que vive la humanidad. El espacio que disponemos aquí para tratar estos temas no nos alcanzaría para explayarnos sobre la materia, por ello nos limitaremos a citar al comandante Fidel Castro: "La especie humana está en peligro de extinción, y la causa es una sola: el capitalismo". Y es que la extinción de la especie humana, a la que se refiere Fidel, no sólo tiene que ver con una conflagración atómica y todas sus consecuentes modalidades post apocalípticas, sino con la calidad de vida del ser humano.

El individuo de a pie desconoce las cifras de gases tóxicos que se emiten a la atmósfera, o el tamaño que ha alcanzado el agujero en la capa de ozono, y mucho menos la cuantificación de los daños que pueden producir a la salud (entre ellos el cáncer de piel, cuya incidencia ha aumentado en los

últimos años). Ante el clamor de la colectividad, que cotidianamente va sintiendo los efectos de esta situación, han aparecido los llamados movimientos ecológicos para dar respuesta a esta problemática. Existen dos tendencias, claramente diferenciadas y aparentemente contrarias. El eco-romanticismo y la tecnología eco-amigable. Hoy hablaremos de la primera de ellas.

El eco-romanticismo supone que la única forma de superar el tipo de relaciones que genera el capitalismo con la naturaleza, consiste en el retorno a un idealizado estado de naturaleza virgen, armónica y estática: ¡Véanla pero no la toquen!

El problema con esta teoría es que establece una falsa premisa: el capitalismo no es el culpable, somos nosotros. Es así como los eco-románticos proponen que el destino de la naturaleza

es permanecer intocable e inalterable, sin la intervención de la acción humana, sobre todo a partir de la ciencia y la tecnología. Esta es, a todas luces, una posición irracional y empírica, pues sabemos que la naturaleza no es estática, sino que está en cambio permanente. Antes de la existencia de la humanidad, aparecían y desaparecían las especies. Cada una de estas ha modelado el futuro de la vida, pues si los dinosaurios no hubieran desaparecido, difícilmente se habrían extendido los mamíferos sobre la tierra. En la naturaleza hay equilibrio y también desequilibrio, por eso no ha sido eternamente igual. En definitiva, la naturaleza tiene historia. Un día apareció y algún día desaparecerá.

Por ello es importante, mientras la naturaleza existe, sistematizar todos los conocimientos ancestrales que poseemos y no convertirlos en reliquia. Un buen

ejemplo de sana transformación de la naturaleza lo encontramos en una bebida casera tradicional venezolana, el guarapo de papelón con limón. Según las tablas de composición de alimentos del Instituto Nacional de Nutrición, el sencillo refresco nacional (que se prepara derritiendo la barra de papelón en agua hervida y agregando jugo

de limón a gusto del consumidor) provee por cada cien gramos, 236 miligramos de calcio y 5 miligramos de hierro; superiores a los 131 miligramos de calcio y 0,03 miligramos de hierro que suministran cien gramos de leche líquida. Si además consideramos la vitamina C contenida en el limón, que potencia la absorción de estos nutrientes y posee

un gran valor biológico como antioxidante, nos encontramos con una bebida no sólo refrescante sino saludable, cuyas propiedades serían la envidia de toda la gama de tóxicos refrescos de cola que ocupan los anaqueles de nuestros abastos y supermercados.

¡Así que a protegernos del sol y refrescarnos con agua de papelón!



Caracas, marzo de 2015